INTRODUCCIÓN

Si como nos recuerda el autor de este trabajo, en palabras de Pablo Neruda, evocar a Miguel Hernández es un deber de España y un deber de amor, Manuel Parra ha cumplido uno y otro, con tanta perseverancia en sus indagaciones, como perspicacia en sus análisis. Página a página, desde la primera, escruta cualquier posible matiz velado o poco conocido de la vida y de la obra del poeta –un gesto, un verso, un universo–, impelido por el propósito de descubrir una posible y nueva perspectiva de tan generoso territorio humano, estético e ideológico. Se trata, en fin, de registrar otro punto de vista y de referencia, en un empeño audaz y nada confortable. Pero hay que arriesgar. Y Manuel Parra arriesga, desde el rigor y el conocimiento. Manuel Parra ha leído y releído, minuciosa y críticamente, las composiciones líricas, los textos teatrales, los artículos periodísticos, toda la obra, en fin, de Miguel, desde los tiempos en que éste se echaba al monte con los rebaños de cabras y trovas, ramoneándole, unas y otras, pastos y metáforas, hasta que a golpe de fusil, iniquidad y cerrojo, lo precipitaron en la definitiva sombra; desde el inaugural Perito en lunas, "culminación de su primera etapa de aprendizaje", hasta la expresión más plena y propia, más vigorosa y fulgente de su voz, aun en medio de unas circunstancias extremadamente dramáticas, el Cancionero y romancero de ausencias. Obra, sin embargo, inconclusa, cercenada, dinamitada en el esplendor existencial y poético de Miguel Hernández, por el abrupto mapa de las cárceles, el hambre, la pena y la enfermedad. Pero nada o casi nada hay que escape a las observaciones de Manuel Parra, en el conjunto de los escritos hernandianos. Escritos que examina y anota, con toda aplicación, y, tras cuyo ejercicio, formulará hipótesis y sugerencias pertinentes y aun sorprendentes, en ocasiones, mientras rastrea y constata influencias, métrica, características y modelos, a lo largo de su breve, pero fecundo, recorrido literario: del neocatolicismo de Ramón Sijé, que "sufría inclinaciones filofascistas", según José Bergamín, y las recomendaciones paternalistas y espirituales del, por aquel entonces, canónigo de la catedral de Orihuela, don Luis Almarcha, al encuentro, ya en Madrid, y entre otros muchos, con Vicente Aleixandre, Rafael Albertí y Pablo Neruda, con su "poesía impura", que "olía a orina y azucenas", media, en lo personal, un distanciamiento de las creencias y prácticas religiosas, y del espacio rural y levítico, donde se crecían; y en lo poético, un ímpetu de superación y de adquisición de nuevas experiencias literarias y vitales, que lo llevarán del arrebato amoroso a erigirse, por imperativo popular, llegado el momento, y después de los procelosos sucesos de aquellos años, en poeta del pueblo, de la revolución, del combate, antes de hilar finalmente con la más delicada hebra de la intimidad y la ausencia. De pastor-poeta a poeta-pastor, y de poeta-pastor a poeta comprometido, a poeta social, "a poeta civil", me insistiría Darío Puccini, en alguna de nuestras conversaciones, y que no mucho después, argumentaría en su espléndida ponencia presentada al "I Congreso Internacional Miguel Hernández", que se celebró en Alicante, en marzo de 1992. Es evidente, que Manuel Parra ha consultado bibliografía, documentación, hemerotecas y testimonios, para entregarnos un texto, apretado de citas, datos y referencias, pero ágil y rotundo en su redacción; sin embargo, aún es más evidente que ha desplegado toda su sensibilidad y lucidez, todos sus recursos expresivos, para trasladarnos directamente de la poética hernandiana: emociones, pasiones, penalidades, conflictos, esperanzas, afectos, efervescencias, invocaciones y presentimientos.

Y ésta es la historia. Ésta y las que de ésta se desprenden: la entrañable amistad y el compañerismo de Pablo Neruda y Miguel Hernández, quienes compartieron principios y peripecias, asumieron compromisos sociales y políticos y militaron en la defensa de la República, de los derechos y libertades del pueblo, frente a la traición y al levantamiento fascista de aquel 18 de julio de 1936; amistad y compañerismo que perdurarían hasta la muerte del oriolano, al que el autor de Canto General, dedicará e incluirá en el mismo, el poema A Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España, y en el cual "el corazón de Miguel, perpetuamente vivo, es retratado quemándose en la púrpura de la bandera del poeta, en una transparente alusión a la enseña comunista (…)".

Ésta y también aquella otra de estampa esperpéntica, que se inicia con los siguientes versos: "Tu famosa, tu mínima impotencia / desparramar intento / sin detener el paso ni un instante. / Para lo tal, me apeo en mi paciencia, / pulso un acordeón llorón de viento / y socarrón de voz, y ya es bastante". Y qué episodio. Manuel Parra copió el poema, en toda su extensión y literalmente de la Obra Completa de Miguel Hernández, en la edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, con la colaboración de Carmen Alemany, publicada por Espasa-Calpe, en 1992, en donde aparece, sin título, en poemas sueltos IV, junto a otros como "Memoria del 5º Regimiento", "Canción del antiavionista" y "La guerra, madre", escritos a pie de trinchera, en unas circunstancias históricas inclementes, entre dos de sus libros matasellados de urgencia: el impetuoso y vibrante Viento del pueblo, de 1937, y El hombre acecha, donde el discurso épico se hace más personal, más sombrío y lacerante, en criterio de Manuel Parra, quien afirma además– y pienso que acertadamente– que el último de los citados poemarios "debe ser considerado como una obra de transición entre Viento del pueblo y Cancionero y romancero de ausencias".

Pero con respecto al enunciado poema sin título, Manuel Parra resuelve adjudicarle el de "El general Pitiminí", y lo define como "un poema de Miguel Hernández, para vituperar y satirizar a Francisco Franco". Y razona su adjudicación recordando los versos que Pablo Neruda, León Felipe, Antonio Machado y, más

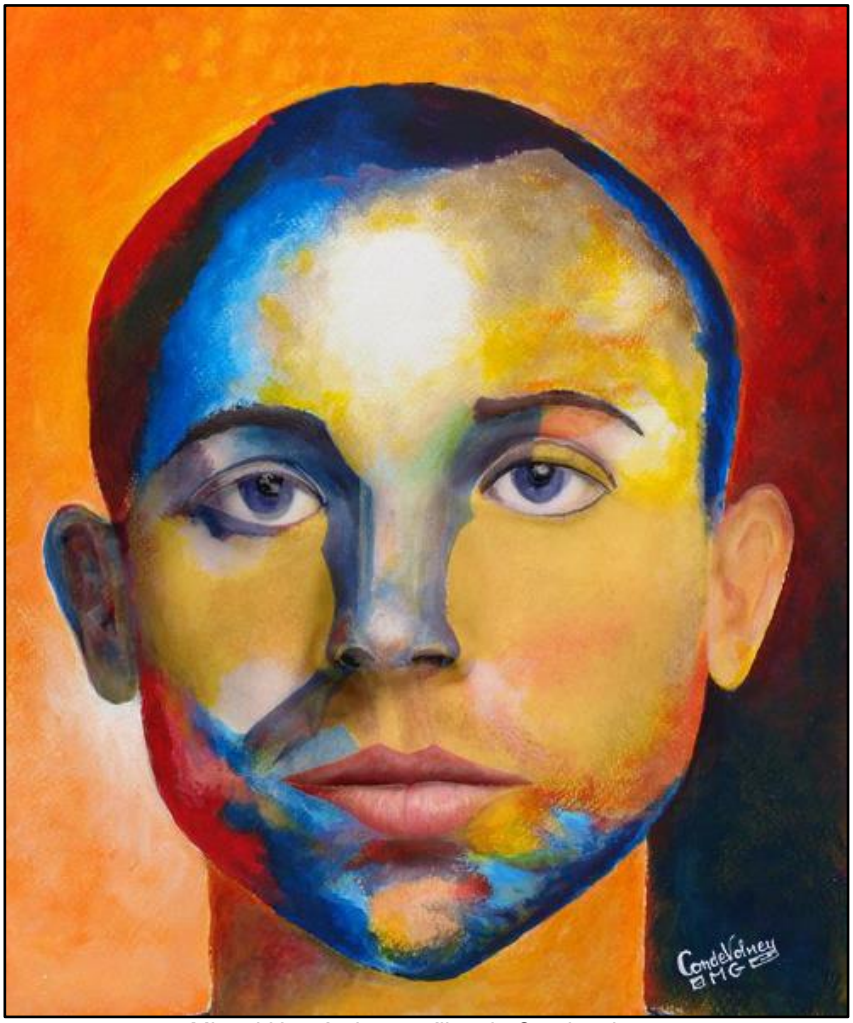
recientemente, Carlos Castilla del Pino, destinaron al dictador con el mismo o muy parecido propósito. Además, aporta testimonios de "Carlos Morla Lynch, encargado de negocios en la embajada chilena", y "un

documento mecanografiado, original de este autor (se trata de Juan Guerrero Zamora), en el que incluye datos que no aparecieron en su libro, con idéntica titulación (…)". También cita la obra de Bernat Muniesa i Brito, Dictadura y transición: la España lampedusiana (Universitat de Barcelona, 2005), en la que se se refiere a Franco, primero como el "coronelito de las damás" y, por último, como "el general Pitiminí". Años antes, concretamente, en 1997, Albert Manent, en su libro Del noucentisme a l´exili: sobre la cultura catalana del noucents (Publicacions de l´Abadía de Montserrat), afirma que "la premsa de Barcelona a la primeria de la guerra civil anomenava Franco "El general Pitimini" perquè era baixet".

Manuel Parra con este trabajo, apasionado y reflexivo, a la vez, no sólo ha cumplido un deber de España y un deber de amor, en palabras de Pablo Neruda, sino que ha abierto– en términos hernandianos– una nueva ventana –una nueva visión–, por la que podemos asomarnos al rayo, al trueno y al viento.

Enrique Cerdán Tato

Texto de Cerdán Tato que aparece como introducción al libro de Manuel Parra Pozuelo "**Miguel Hernández: Una nueva visión**" publicado por la editorial Nostrum en 2010



Miguel Hernández, acrílico de Condevolney